



SUSANNA
HERRERO

SE ESCONDE
EL PODER

Besties
BOOKS



Susanna Herrero

Se esconde el poder

Besties

BOOKS

© Susanna Herrero Rodríguez, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

© Por el mapa de página 9: Andrés Aguirre @aaguirreart
© Por el mapa de página 10: Héctor Trunec
© Por las ilustraciones de portadillas: Vero Navarro
© Por la ilustración de inicio de capítulo: NikWB – Shutterstock

Primera edición: enero de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 21.818-2023
ISBN: ISBN: 978-84-270-5203-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.





1

En el Reino Rojo, hogar de los dragones

Magnus Drake, hijo de Megalo, rey de los dragones, por fin claudicó y abrió los ojos. Llevaba horas inquieto, removiéndose en la cama, incapaz de conciliar el sueño. En realidad, llevaba dos años inquieto, removiéndose en la cama, incapaz de conciliar el sueño. No importaba lo exhausto que se hundiera en el colchón o las sesiones maratónicas de sexo de las que gozara con su actual compañero de cama dos o tres veces por semana (no es que las contara): siempre se desvelaba.

Magnus era el erudito de la familia real. El científico. El empollón. El niño bonito de pelo rubio, ojos claros y sonrisa afable. La lucha y las espadas no iban con él. Lo que sí iba con él era resolver enigmas. Y en esos momentos un gran enigma envolvía su vida.

Escila.

¿Dónde estaba Escila?

Dos años atrás, dragones y semidioses, unidos por primera vez, habían destruido el centro de la Tierra, lugar de donde procedía, pero «los malos» habían rescatado una parte y la habían escondido en el Olimpo. Ahora ellos tenían que encontrarla. ¿El problema? Ni siquiera sabían qué aspecto tenía, dado que podía adoptar cualquier forma, y el mundo era demasiado grande.

Se puso bocarriba, colocó el brazo derecho debajo de la cabeza y contempló el techo de su dormitorio a pesar de que la oscuridad era total. Suspiró.

Dos años de noches en vela.

Dos años de devorar libros hasta las tantas.

Dos años de prácticas agotadoras en el laboratorio.

Dos años en busca de una reacción de Escila ante «algo» que le permitiera rastrearla. ¡Ante lo que fuera!

Dos años sin obtener resultados.

Magnus casi lo había conseguido en un par de ocasiones, pero entonces la respuesta se le había escurrido entre los dedos cual agua de lluvia, así que continuaban en la casilla de salida y los semidioses seguían en peligro.

Los semidioses.

Magnus suspiró una vez más y giró la cabeza hacia la izquierda. Contempló el cabello castaño claro del semidiós que dormía a su lado, de espaldas a él. El cabello de Josh Collingwood, el hijo de Hades.

El sonido de su nombre, aunque solo fuera en su mente, provocaba que el corazón le diera una especie de vuelco, como si cayera en picado desde algún lugar muy alto. Y ese pensamiento lo asustaba muchísimo porque no sabía de dónde venía. O de dónde «venía meses viniendo», si es que acaso esta sintaxis era posible. O quizá sí lo sabía y ese era el problema.

Magnus jamás había tenido relación alguna con los semidioses, ni de amor ni de amistad ni de simple cordialidad. Sus mundos solían estar enfrentados. Los semidioses luchaban *para* el Olimpo (para eso los concebían los dioses) y los dragones *contra* el Olimpo, o así había sido desde la fatídica Noche Negra donde asesinaron a la madre de Magnus, la reina, y a algunos de sus hermanos, pero Tristan, el mayor de los Drake, se había enamorado de Lovem, la hija de Zeus, y sus vidas quedaron unidas sin remedio. A Magnus, Josh le gustó desde el primer momento, era totalmente su tipo: guapo, listo y con un gran corazón.

No llevaban mucho tiempo *juntos*, pero la intensidad de las sensaciones y los sentimientos que Josh provocaba en él lo inquietaban desde hacía unas semanas. ¿Se había lanzado de cabeza en picado a una piscina vacía? Por todos los dragones, Josh estaba enamorado de otra persona desde tiempos inmemoriales. Sí. ENAMORADO DE OTRA PERSONA. De su mejor amigo, Lucas, hijo de Poseidón, para ser más exactos. Hacía tiempo que Magnus había dejado de negárselo a sí mismo, pero era duro de mollera y no acababa de aceptarlo, y eso que lo veía a diario en la mirada de Josh, en esos ojos azules suyos que tan bien conocía y que brillaban como nunca cuando se posaban en

Lucas. Y cómo dolía. Josh se metía en la cama con Magnus y le gemía en el oído, pero abría la boca y cogía aire por Lucas. Y Magnus siempre había preferido el aliento dulce de una exhalación al picante de un jadeo, así que estaba cubierto de mierda hasta el cuello.

Recordó sus inicios con Josh. Recordó haber zanjado con decisión (mucha decisión) el tema «Josh» después del fracaso del primer beso que compartieron en la nebulosa del laberinto del Minotauro mientras buscaban el centro de la Tierra. No fracaso por el beso en sí, que fue increíble, sorprendente e inesperadamente exquisito («por todos los dragones, Magnus, no te recrees»), sino por la reacción de Josh segundos después cuando su querido Lucas lo llamó. Pero entonces Lovem murió envenenada de Escila tras destruir el centro de la Tierra —Magnus torció el gesto porque aún le dolía el recuerdo, a pesar del tiempo transcurrido— y él se quedó cerca de Josh. No pudo evitarlo. Lovem también era su mejor amiga (ella, Josh y Lucas formaban un ente indivisible) y Josh quedó devastado. Pasaron los meses, el roce hizo el cariño y un día... sucedió. Ambos explotaron. Magnus de amor y Josh de... La verdad era que Magnus no tenía idea de qué, pero ahí estaban. En la cama. Juntos. Y desnudos. Llevaban más de un año acostándose dos o tres veces por semana como un par de amigos que se atraen físicamente y se acuestan dos o tres veces por semana. Porque eso existía, ¿verdad? Es decir, los amigos que se atraen físicamente y se acuestan dos o tres veces por semana existen, ¿verdad? Aunque había semanas en que ellos dos se acostaban cuatro veces. No es que las contara. Y casi siempre en su cama. En la de Magnus. Que los dioses librasen a Josh de que en la Ciudad del Olimpo, reino donde vivían los semidioses, lo vieran a su lado. Sería el fin de su reputación. ¡Un semidiós, el hijo del rey de los muertos, nada más y nada menos, enredado con un dragón! Tampoco es que el chico le hubiera prometido nada, porque no lo había hecho, pero luego lo besaba, le comía la boca de aquella manera tan visceral y Magnus... Magnus tenía que dejar de pensar en ello. Recrearse no era bueno para su salud mental. Ni para su entrepierna, que no le daba tregua. ¿En algún momento dejaría de sentirse superatraído sexualmente por Josh? ¿Sí? ¿Cuándo? ¿No? Pues qué faena.

Se acercó a él, cogió aire por la nariz, se embriagó de su aroma a anís y le acarició el hombro desnudo con un beso cariñoso porque... porque no podía evitarlo. «Mierda». Estaba loco por él. Oh, el puto amor. Magnus lo exudaba por cada poro de su piel. Y eso que él no

era de los que se enamoran. Era la primera vez que le pasaba y... ¡maldita puntería la suya!

Abandonó la cama y fue en busca de ropa interior limpia; Josh y él nunca se vestían después de hacer el amor. Caían rendidos en el colchón, a veces en el suelo, y se quedaban dormidos con sus cuerpos, aún febriles, adheridos el uno al otro. Unas horas más tarde Magnus se despertaba, pensaba en Josh, se recreaba con el último polvo mientras contemplaba el techo a oscuras y por fin se levantaba.

Se sentó en la silla junto al escritorio y encendió el flexo, que reposaba en uno de los extremos y proyectaba una luz tenue y amarilla sobre el montón de papeles esparcidos por la mesa a propósito de sus investigaciones. Leería todo desde el principio, una vez más, y realizaría experimentos nuevos. Aún le quedaban muestras de Escila que obtuvo a partir de la ropa, piel y cabello que su hermano trajo consigo del centro de la Tierra, cuando él y Lovem se embarcaron en la aventura de su vida para encontrarla. Repasaría la tabla periódica de los elementos las veces que hicieran falta. Tenía que existir *algo* que hiciera reaccionar a Escila. Todo en la naturaleza reacciona y Escila no iba a ser menos. Estaba seguro. Y él lo encontraría. La vida del chico que descansaba en su cama, del chico del que se había enamorado sin remedio, dependía de ello.

Mientras trabajaba, oía el rumor de las respiraciones de Josh. A Magnus le volvía loco cómo sonaba Josh porque lo hacía de una manera diferente a nada que hubiera escuchado antes y... nunca dejaba de hacerlo. Nunca había silencio a su alrededor. Y por eso nunca se sentía solo.

Eh, sí. Estaba muy jodido. Puto amor.

*En la sala de reuniones ordinarias (la misma que de las extraordinarias)
del Consejo Real de los dragones*

Hacía rato que la noche había consumido el crepúsculo y Tristan Drake, el hijo primogénito del rey de los dragones, seguía encerrado en una reunión interminable del Consejo Real. Aquellos encuentros tan tediosos y monótonos no tendían a dilatarse tanto, pero en los últimos tiempos sí lo hacían. Desde que el Consejo supo de la transformación de Tristan en dragón, aquellos encuentros tan tediosos y monótonos tendían a alargarse hasta el infinito.

Tristan no había estado de acuerdo con que se contara, con que saliera de su círculo más íntimo —formado por su padre y Pólux, el gran Sabio y Sanador de los dragones—; no había estado para nada de acuerdo, pero ambos consideraron que un hecho de tal calibre debía comunicarse al resto del Consejo Real, o, lo que es lo mismo, a Norton y Pluton. Y Tristan no tenía ganas de discutir. Increíble, pero tan cierto como la espesura de nubes que cubría el cielo desde hacía dos años. En cuestión de semanas la noticia había recorrido cada rincón del reino cual torrente de agua que lo empapa todo. Todo. Tanto Norton como Pluton juraban y perjuraban (como si eso les diera más crédito) no haber sido ellos los que habían abierto la brecha. Ya, bueno... Tristan no pondría la mano en el fuego por ninguno de los dos, pero qué más daba. Qué más daba quién se hubiera ido de la lengua. Ya estaba hecho. Ahora todos sabían que podía transformarse en dragón y no había vuelta atrás. Al menos la información no saldría del reino, sus súbditos le guardarían el secreto, como hacían siempre.

En el Reino Rojo habían existido dos corrientes: la que aseguraba que sus habitantes habían dejado de transformarse en dragones porque no lo necesitaban, puesto que habían aprendido a luchar y a defenderse como humanos, y la que culpaba a la mezcla de sangre entre ambas razas. Después de los acontecimientos de dos años atrás, donde Tristan se había convertido en dragón para poder escapar del centro de la Tierra junto con Lovem, quedaba claro que unos y otros estaban equivocados. En todo. Y por eso ya no existían esas dos corrientes; ahora todos lo querían y apoyaban a él.

Tristan cerró los ojos al recordar los acontecimientos de dos años atrás. Siempre cerraba los ojos cuando recordaba los acontecimientos de dos años atrás. Cuando recordaba a Lovem. Hubo un tiempo en que la había odiado a muerte por ser la hija de Zeus. Tristan lo culpaba de la muerte de su madre y sus hermanos menores en la Noche Negra, la fatídica noche en que los asesinaron a sangre fría. ¿Cómo no hacerlo cuando había sucedido todo bajo su techo y supervisión? Era lo más evidente. Aunque lo más evidente no significa que sea lo cierto. Pero él sí lo creyó. Y buscó venganza. Venganza para con los semidioses. Venganza para con Lovem, la hija más querida de Zeus. Convenció a su hermano Magnus para que encontrara algo, lo que fuera, que debilitara a los semidioses, y vaya si Magnus lo encontró. Encontró un lugar donde el poder de los dioses no llegaba. Un lugar que Gea, creadora de la Tierra y el universo, les escondió en un inten-

to de que sirviera de protección a los humanos frente a ellos en el caso de que se descontrolaran y abusaran de su poder. Y ese lugar no era otro que el centro de la Tierra. Un mito real. Un mito que escondía secretos. Un mito que dejaba sin poderes a los semidioses. Escila. Así es como lo llamaron. Ahora solo había que llevarlos a todos allí y acabar con ellos de una vez por todas. Pero «los malos» adelantaron los acontecimientos e intentaron matar a Lovem con polvos de Escila en una playa del Mundo Exterior. Habían descubierto que era la madre del niño de la Profecía Prohibida y habían decidido acabar con ella antes de que la criatura se gestara. Incluso habían retrocedido el tiempo para ello. En esos momentos, vivían otra realidad de sus vidas. No lo consiguieron y Lovem acabó malherida en el Reino Rojo. En su castillo. En la vida de Tristan, que se enamoró sin poder evitarlo. Se enamoró de su ímpetu, su valentía y su sonrisa. De sus ojos y de cómo lo miraban. Se embarcaron por separado en el laberinto del Minotauro, en la aventura de ir tras Escila, con intenciones diferentes, uno encontrarla y la otra destruirla, pero acabaron juntos, más juntos que nunca, en el centro de la Tierra, donde se juraron amor eterno. Tristan abandonó su venganza contra Zeus por amar y proteger a Lovem. Pero qué efímera es la eternidad. Destruyeron Escila, sí, destruyeron el centro de la Tierra, que exudaba Escila en cada partícula, pero Lovem murió en el intento. Porque Escila había salido del centro de la Tierra. Escila estaba en el Olimpo. Oculta. Y Lovem se inyectó en las venas una de sus últimas muestras en un intento desesperado de encontrar un antídoto. Y sería su fin. Ni siquiera el hecho de que Tristan se transfigurara en dragón pudo salvarla. No fue lo bastante rápido. No la sacó de allí con la rapidez suficiente. Escila la mató minutos después de dejarla en su cama de la Ciudad del Olimpo, junto a Zeus.

O eso le hicieron creer... Pero él no lo sabía, claro. No sabía que Lovem estaba viva.

Tristan estaba devastado. Habían pasado dos años y seguía devastado. Pero no se olvidaba de los infieles. No se olvidaba de los infiltrados de Anfisbena, Madre de las Hormigas, con la que luchó y a la que derrocó en el centro de la Tierra, y de la cúpula («los malos») que pretendía acabar con los semidioses. Estaba seguro de que no habían desaparecido tras la muerte de Lovem, estaba seguro de que continuaban conviviendo entre ellos, serpenteando cerca del árbol cuya sombra mejor los cobijaba. Y algunas de esas sombras se encon-

traban en su propio reino. Había un topo en el castillo (un topo que ya habría informado a sus camaradas de la transformación de Tristan), y él lo encontraría, tarde o temprano. Solo tenía que cometer un error. Ya lo haría. Tristan era paciente.

—¿Tristan? ¡Tristan!

Tristan abrió los ojos y giró la cabeza con pereza hacia la mesa redonda. No sabía ni quién lo había llamado.

—Qué —respondió, áspero. Seco. Intratable.

—¿Nos estabas siquiera escuchando? —le reprendió Pluton.

—Alto y claro —afirmó Tristan con desinterés—. Desde hace cuatro horas. O dos años.

—¿Y no tienes nada que decir, muchacho? Estamos esperando una respuesta.

¿Muchacho? ¿En serio? ¿Podía romperle el cuello o quemarlo vivo hasta los huesos con un solo movimiento de su mano y lo llamaba muchacho? Tristan se deshizo de la pereza, se incorporó en la silla, se aclaró la garganta y le lanzó una mirada de advertencia. A él nadie le hablaba de esa manera. Nadie. Tendría que hacérselo saber. Pluton siempre había sido el consejero más empático, el afable, el apaciguador, pero en los últimos tiempos se lo veía impaciente. Exasperado. El pueblo clamaba por él, por Tristan, por el dragón, y Pluton encabezaba la lista.

—¿Que si tengo algo que decir? —preguntó con voz de ultratumba—. Llevas cuatro horas hablando de que nuestro pueblo desea la abdicación de mi padre, *de mi padre* —subrayó con hostilidad—, y mi proclamación como rey. ¿De verdad necesitas una respuesta? ¿De seas tu muerte inminente o solo eres rematadamente estúpido?

—Tristan —le advirtieron su padre y Pólux al unísono.

Tristan resopló. Estaba asqueado. Esa era la respuesta del reino ante la noticia de su transformación: ahora lo querían como rey. A él, que acababa de nacer como quien dice. ¿Y qué pasaba con su padre? Los dragones proclamaban a los cuatro vientos que amaban y respetaban a Megalo, pero consideraban que debía pasarle la batuta a su hijo. Era vergonzoso.

—Está intratable —se quejó Pluton, a propósito de la respuesta de Tristan, dirigiéndose al resto del Consejo como si él no existiera—. Más que nunca.

—Ahí tengo que darte la razón —le dijo Tristan.

Pólux le echó una mirada de reproche: «Cálmate».

«¿En serio?», respondió Tristan con sus ojos.

—Démosle un respiro —pidió Norton, y dejó de transcribir la reunión en las actas, la pluma sobre la mesa—. Son tiempos difíciles.

—Sí, lo son —afirmó Pluton—. Por eso tenemos que tomar una decisión.

—¿*Tenemos*? —repitió Tristan con menosprecio. En serio, estaba a punto de cargarse a ese tío.

—Sí, *tenemos* —aseveró el otro—. La abdicación de un rey y el posterior nombramiento de su heredero es una decisión que debe tratarse y alcanzarse en el Consejo Real.

—Me parece que no.

Pluton lo miró con condescendencia. Y con algo de pena. Como si Tristan fuera un niño asustado en medio de una manada de mamíferos carnívoros muy hambrientos. Pobrecito, iban a devorarlo. Le tocó la moral como nunca y le devolvió el escrutinio con una mirada tan letal que era capaz de recorrer los cuatro metros de madera de roble que los separaban y fulminarlo al instante. Él era el mamífero carnívoro hambriento.

—Llevamos dos años posponiendo el tema. El pueblo quiere a Tristan. Quiere que el dragón los gobierne.

—No voy a obligar a mi padre a abdicar. No voy a robarle su reinado.

—*Tu* reinado.

—Tristan —le advirtió el rey cuando captó sus intenciones. Estaba a punto de lanzarle una bola de fuego en toda la cara al consejero.

—¿Tristan qué? ¡¿Tristan qué?! —gritó él, mandando, una vez más, el protocolo para con su padre a la mierda. Estaba agotado y quería largarse a su habitación—. La decisión es nuestra, no del maldito Consejo, y la respuesta es no. No tengo más que añadir. ¿Hay algún otro asunto que queráis batallar y perder o puedo irme a la cama? Son más de la dos de la madrugada, joder.

Su resolución no daba lugar a réplica y todos lo sabían. Pólux estuvo a punto de dar por finalizada la sesión, pero Pluton intervino una vez más.

—Por supuesto que hay otro asunto que tratar. Y todos estamos agotados después de una jornada como la de hoy, pero este tema es igual de importante o más que el anterior y tenemos que ponerlo sobre la mesa. Aún no quieres ser rey, bien, lo aceptamos por el momento —Tristan tuvo que contenerse para no reaccionar ante aquel

«por el momento»—, pero no vas a poder dilatarlo para siempre. Mientras tanto, es vital para el reino que escojas una compañera y la desposes. Necesitas una futura reina, Tristan.

Pólux pudo advertir cómo se dilataban los orificios de la nariz de su pupilo y se le oscurecían los ojos hasta alcanzar el azul más tormentoso. Incluso el rey miraba con cautela a su hijo y con censura al consejero. Si lo que pretendía Pluton era que el príncipe escupiera fuego por la boca y lo chamuscara, estaba a punto de conseguirlo. Megalo deseó encontrarse más próximo a su querido Tristan para poder apretarle la rodilla con afecto. Para calmarlo y dedicarle las palabras de consuelo que sabía que necesitaba. Porque no tenía duda de que su niño en ese momento las necesitaba tanto como una tabla de salvación en medio de un mar embravecido. Sin embargo, en lugar de ofrecerle la tabla, tenía que mantener la compostura y guerrear contra el Consejo. Y aquella mesa redonda era demasiado grande para su propio bien.

Pólux se levantó de su almohadillada silla, rodeó la mesa y se acercó al dragón más joven con paso firme; necesitaba estar ahí para él. Tristan seguía sangrando dolor por la muerte de Lovem y Pólux jamás lo abandonaría.

—No. Voy. A. Casarme.

Nunca esas cuatro palabras habían sonado tan apocalípticas. Pólux notó que Pluton intentaba tragar saliva el mismo instante en que él llegaba junto al chico y se colocaba detrás. Apoyó las palmas en sus hombros y apretó para tratar de aliviar la tensión.

—Es muy tarde —dijo Norton, en un intento de apaciguar las aguas—. Es mejor que dejemos este tema para otro momento.

—¿Y cuándo va a ser eso? —respondió Pluton.

—No lo sé —afirmó Norton unos segundos después, tras comprobar que nadie más tenía la intención de decir nada.

—Tú siempre has abogado por la hegemonía de los dragones, Norton. Más que cualquier otro.

—Y lo sigo haciendo —se defendió.

—¿Y entonces? —insistió Pluton—. Estamos más cerca que nunca de conseguirlo. ¿Es que acaso soy el único que lo ve? Tristan ha logrado lo que llevábamos siglos esperando. Implorando. El dragón ha vuelto. Es lo más grande que nos ha sucedido desde la creación. Pero un príncipe necesita una princesa. Un futuro rey necesita una reina. No podemos permitir otro reinado en solitario. Necesitamos estabili-

dad. Majestad —Pluton se dirigió a su rey con precaución—, la monarquía se debe a su pueblo. Tristan debe casarse y gobernar.

—¡No voy a casarme! —gritó Tristan incorporándose y colocando las manos con fuerza en la superficie de madera—. ¡Nunca! ¡Ni a gobernar! Grábatelo a fuego, Pluton, es mejor que lo hagas tú a que lo haga yo.

—¡Esto es inaudito! —exclamó el otro, enfadado.

Pólux trató de sentar de nuevo a Tristan, pero fue imposible.

—Pluton, deja al chico tranquilo —le pidió Norton—, ha pasado por mucho.

Que Tristan se había enamorado de Lovem Kennedy había dejado de ser un secreto para el Consejo. Fue imposible ocultar el dolor. Y seguía siéndolo.

—Lo sé, y lo entiendo, todos lamentamos la trágica muerte de la hija de Zeus, pero la vida continúa y...

—Oh —exclamó Tristan con risa de ultratumba—, por tu vida, Pluton, te aconsejo que no sigas por ahí. Y no es una advertencia. Es una amenaza. No te atrevas a nombrarla con esa apatía en mi presencia.

—Tristan —le advirtió de nuevo el rey.

—¿Qué?!

—Estamos todos muy cansados —terció Pólux—; la reunión queda pospuesta hasta nueva orden.

Pluton se levantó y se marchó con el ruido de las pisadas de sus botas sobre el suelo de mármol sepia como única despedida y un fuerte portazo que resonó en cada rincón de la estancia y alcanzó a las ventanas. Norton suspiró. Megalo se levantó de la silla presidencial y lo acompañó a él y a Pólux a la salida. Necesitaba estar a solas con Tristan, que permanecía de pie en la misma postura, con las manos apoyadas sobre la mesa y la mirada ausente.

—Tristan —lo llamó, una vez que se quedaron a solas.

—No voy a casarme —repitió este sin moverse un ápice, tan solo levantó la mirada.

Megalo cogió una de las sillas que rodeaban la mesa y la aproximó a Tristan. La colocó junto a él y se sentó. Agarró de la camiseta a su hijo y lo obligó a hacer lo mismo. Tristan obedeció con reticencia, pero obedeció. Su padre le revolvió el cabello trigueño con ternura y dejó la mano entre sus mechones suaves y ondulados. Tristan inclinó la cabeza y dejó escapar un suspiro lleno de dolor. Apoyó la frente en la mesa, totalmente derrotado a nivel emocional.

—A tu corazón aún le queda mucho trabajo por delante, hijo mío. —Megalo no dejaba de acariciarlo—. Solo han pasado dos años. Dos años no son más que una exhalación. Volverás a respirar con normalidad, te lo prometo. Aunque nunca dejará de doler.

—No es una cuestión de tiempo —susurró Tristan contra la mesa—. No voy a casarme. Hacedos a la idea.

—Y yo respetaré siempre tus decisiones.

—¿Y el reino? —preguntó, y alzó la cabeza para mirar a su padre.

—El reino puede irse a la mierda. Tú eres mi hijo y estás por encima de todo.

Tristan se perdió en los ojos azules de su padre. Desde la noche en que asesinaron a su madre y hermanos, había cierto halo de sufrimiento en ellos. Se apagaron y no existía luz lo bastante potente que los iluminara de nuevo. No existía luz que lo iluminara a él de nuevo y que lo mostrara como el joven hombre que aún era. Ni siquiera cuando ellos cuatro, los cuatro Drake que habían sobrevivido a la traición del Olimpo, vivían sus pequeños momentos de felicidad. Ni siquiera cuando Tristan, Magnus y Alicia cumplían años —catorce, quince, dieciséis, diecisiete...— y lo celebraban con un día de pesca en familia. Ni cuando brindaban por sus logros. Ni cuando reían de verdad, que hasta se les doblaba el estómago, por la última ocurrencia de Magnus. No. El halo de tristeza de los ojos del rey Megalo los acompañaba siempre, aunque sonriera con ellos. Y ahora Tristan sabía que lo haría de por vida. Porque esos ojos también eran los suyos. Porque era capaz de verse en ellos. Porque seguía enamorado de Lovem como el primer día, incluso sin saber qué día era ese. Porque el dolor apenas le había dado un respiro durante esos dos años. Porque Tristan no era capaz de mirar el cielo sin pensar en ella y sin que la astilla en su corazón se le clavara más profunda todavía. A veces solo quería meterse la mano en el pecho y arrancársela, pero sabía de antemano que no la encontraría. Jamás la encontraría. ¿Y cuánto tiempo puede permanecer alguien sin mirar hacia el cielo? ¿Es acaso posible? ¿No toparse con él en las veinticuatro horas que dura el día, aunque sea de soslayo? Porque el firmamento permanecía inmutable sobre sus cabezas, pero Lovem no. ¿Cómo iba a sobrevivir? Dios, ¿cómo? Incluso se había hecho adicto a las conversaciones que mantenía con Pólux a propósito de Lovem. Pólux no solo era el Gran Sabio y Sanador de los dragones, también era un segundo padre para él. Un día se sentaron uno frente a otro y Pólux se lo contó todo sin

que Tristan tuviera que preguntarle nada. Sin que tuviera que cuestionar su lealtad. Le habló de que había reconocido a Lovem en el instante en que Tristan la llevó al castillo en brazos, la primera vez que la atacaron con Escila. Le habló de sus sospechas, de que alguien había jugado con el tiempo y de que supo al instante que Magnus y Alicia, en el centro de la Tierra en ese momento, estaban en peligro. Y le habló del futuro. De que él sabía del futuro, y de cómo lo sabía. Le había contado tanto. Un tanto por el que Tristan moriría. Y le habló de Aiden. De su hijo Aiden. Porque era cierto que la Profecía Prohibida hablaba del hijo del Lovem. De Lovem y de él. Oh, Aiden. Pólux amaba a Aiden y Tristan había comenzado a hacerlo a través de sus relatos. ¿Cuántas veces los había imaginado a ambos juntos? ¿A Aiden y Lovem vivos junto a él? ¿Mil? ¿Un millón? Hacía tiempo que había dejado de contarlas. Tristan sabía que soñar con algo que nunca volvería no era saludable, pero no podía ni quería evitarlo. Eran sus sueños. Y todo el mundo tiene derecho a soñar.

Tras un brevísimo toque, la doble puerta de madera maciza de la sala se abrió con estrépito. Tanto Tristan como Megalo giraron las cabezas, sobresaltados.

—Majestades —los saludó uno de los guardias con una inclinación.

—¿Qué ocurre? —demandó Megalo con autoridad—. He ordenado que no se nos molestara bajo ningún concepto.

—Ha ocurrido algo de suma gravedad en el Mundo Exterior.